

VIGILIA PARA UNA SIERVA BLANCA

Miguel Sánchez Robles

Querido Mundo loco:

Cuando yo era pequeña me premiaron en el concurso “Observar un eclipse” y después ya no me premiaron nunca en nada más. Después sólo fui como esas criaturas ciegas que viajan de flor en flor, como las avispas que se beben la humedad y tienen sed de néctar o de carne o de fruta o de lo que sea que tengan siempre sed las avispas. Después de cumplir diecisiete o dieciocho años, todo fueron preguntas tristes para mí. Soy especialista en ese tipo de preguntas. ¿Sabe alguien por qué estamos aquí? ¿Quién inventó al miserable con diarrea? ¿Quién ha hecho el dolor de las cosas paradas? ¿Qué anhelan los que aplauden? ¿Quién nos creó tan rotos? ¿Quién creó esas atrocidades verdaderas que nos quiebran la esperanza sin anestesia? ¿Quién creó a las pobres personas que se conforman con las ideas prestadas y al pobre esquizofrénico que se apuñala un muslo? ¿Caerá del cielo un águila sin ojos?... Yo no sé si algún yonki o alguna ramera arrepentida ha escrito alguna vez una carta a Dios o al Nadie o a ti, mundo, que estás tan loco y nos trastornas a todos, pero yo, una monja seglar ebria, voy hacerlo hoy que me he bebido todo el vino de la Eucaristía, vestida con un pijama azul que lleva el anagrama de las Siervas Blancas de Bélgica, en esta habitación de hospital para niños negros con sida, mientras es de noche y en la radio suena el Opus 26 de Sibelius, y después música de Haëndel, ¡El Mesías de Haëndel! ¡Qué bonita es en África la música de Shubert o de Haëndel! Sólo eso me salva, querido mundo loco, toda esa armonía que, con una cadencia hermosa y melancólica, la radio distribuye en esta atmósfera. Querido loco mundo: La gente se muere mucho en África. Morirse es como si un gigante mítico hubiese venido a afilarse las uñas en tu alma y yo no sé a quién dirigir esta carta. Mi abuela materna, una maestra jubilada, creía que las cartas salvaban de algo y le escribió una vez una carta así a Dios, sin utilizar ni una sola

vez la palabra tristeza y yo la encontré en su abrigo de ir a misa registrándolo todo para buscar dinero y la llevé en mi bolsillo de atrás del pantalón vaquero durante los cuatro años que fui puta. Voy a hacer lo mismo que mi abuela: sin usar demasiado la palabra tristeza voy a escribir esta carta mientras oigo la radio para intentar salvarme y salvar un poco esta vocación tardía con la que estoy tratando de redimirme de algo. Pero yo no me atrevo a escribirle una carta a Dios. Dios, a lo mejor, me reñiría, mi abuela decía *rencillar*. Cuando yo iba a la escuela, los maestros nos daban Religión, pero nos pellizcaban los muslos y nos pegaban si no nos sabíamos bien algo siempre lejano e incomprensible que estaba escrito en los catecismos. Los catecismos eran muy bonitos, aunque yo no entendía nada de lo que querían decir y los maestros pegaban, nos pegaban. Cuando yo era pequeña los maestros castigaban empeñados en obtener de nosotros una pieza perfecta que se supiera arrodillar. Desde entonces yo le temo a Dios, y también, cuando veo a un sacerdote por la calle, no puedo evitar pronunciar muy bajito y casi con temor: “Hágase en mí según tu palabra”. Querido mundo loco: ¡Hay tantas formas de ser culpable de algo! Y tú estás mal hecho, muy mal hecho. Los que tienen poder siempre nos roban algo, muestran en sus sonrisas la felicidad de los ogros y nos engañan con su calculada ambigüedad de siempre, pero en los cines ponen “Reanimator” y en la televisión hablan de fornicio y del yate de un familiar de Mari Trini y casi todo funciona igual que esas sectas que se establecen como una especie de cooperativa sentimental. Todo funciona como metales sucios pintados de amarillo y yo soy la anemia olvidada de los raíles con hierba para trenes que nunca pasarán. Siento cerca de mí la muerte moviendo sus élitros de escarcha y detrás de los espejos los vampiros me miran, esperan mi cadáver de niña que venera la radio y los vitrales y la música. Mi vida se parece mucho a cuando una avalancha cambia de dirección y te arrastra sin que tú hayas hecho lo suficiente por protegerte. Esta es la historia de mi vida: No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada, mis padres trabajando todo el día, mi hermano y yo en el colegio y toda esa herida de sentirte distinta y con ganas ridículas de llorar porque no pasa nada, nunca pasa nada, y sólo pasan los granos en la cara, la pobreza, la envidia, el tedio, el deseo insatisfecho, la locura,

una rutina llena de más rutina, la cabeza que se congestiona de pensamientos aburridos y de una horrible sinceridad infundida y, como la mayoría de los nidos de colibríes, todo acaba en fracaso. Querido mundo, la droga es peligrosa porque después de haberla tomado el suicidio te aburre y la vida te aburre y quisieras muy rápido con una aguja mágica atravesar el asco. Una vez que la pruebas ya no vuelves a ser nunca aquella muchacha joven corriendo por un sendero estrechito que fuiste alguna vez. Y entonces odias a todos los típicos maridos definitivos de alguien y te mueves por la existencia a estilo Unabomber. Odias sembrar confeti en la grieta de los glaciares azules, odias el dolor de las cosas paradas y siempre vuelves a casa con un gorrión muerto en los bolsillos de tu espíritu. Una vez, sentada en un coche junto al canal pensando cosas, después de haber hecho el amor con un minusválido que se fue a hacer de vientre, todo me pareció tan roto que por un momento tuve la convicción de que existía otra vida, otro mundo mejor para nosotros, otro mundo muy lleno de la armonía de Shubert por la radio o de la “Sinfonía del nuevo Mundo” de Dvorak. Pero esa convicción se me perdió durante años y ahora, aquí, en Ruanda, estoy tratando de encontrarla. Yo era una toxicómana peinada como un príncipe de Bekeler que lo miraba todo con mis ojos drogados como queriéndomelo comer. Pero qué crueldad vino después. Te drogas en insípidos barrios opacos mientras que en tus agencias de mundo occidental se producen y fabrican todas esas noticias que alarman a las ratas y no conoces nada mejor que pasarlo en grande metiéndote algo en las venas para olvidar el dolor de las cosas paradas, el dolor de las cosas paradas, el dolor de las cosas paradas,... ¡Odio ese dolor, querido mundo! Ese dolor desde dentro de las muchachas locas que somos como gaviotas desunidas del aire que nunca más volverán a tener la paciencia natural de corregirse delante de un espejo la altura del jersey sobre la cintura. ¡Cómo me gustaba de pequeña ser una *barbie* y hacer eso y recogerme con dos dedos el pelo hacia detrás de la oreja! El dolor de las cosas paradas te lleva a andar por ahí con una rabia que no te deja vivir, te lleva a buscar algo, aunque no tengas nada que buscar y no puedes dejar de hacerlo. No tienes nada que buscar y estás buscando algo que no sabes lo que es. Te asombras de un jubilado

leyendo el ABC. Te asombras de la gente que vive sin mortalidad y llena de pobre fines secos para ti. Te fumas tres paquetes de Bisonte al día y luego te pones más cocaína en las venas porque el dolor de las cosas paradas está ahí, no se va nunca, no te lo puedes quitar de encima, y es como cuando te rinde la anestesia y después, en el espejo, tus ojos trastornados sienten envidia de las mujeres de los magnates con sobredosis de colágeno en los labios, y también sientes envidia de gente apresurada y simpática que va a los conciertos o a una presentación de kimonos insólita y de toda esa pequeña parte de los parásitos del mundo que utilizan maquillaje max factor y disfrutan perdiendo el tiempo y gastando mucho dinero en divertirse. Y cuando estás drogada te emocionan los tebeos de la colección “Dumbo” y el Brugal cola y te burlas de cualquiera que te venga con sus rollos de cosas cotidianas que te importan nada, ¿me has oído: nada, absolutamente nada? Y te burlas del terciopelo fucsia y del pensamiento religioso y, si se presenta, hasta te burlas de ese marcapasos que le estimula el nervio sacro para la incontinencia anal que lleva puesto tu compañero Rafa, cuando te lo cuenta muriéndose de sida en el Hospital del Seguro. Te chutas y te ríes y desprecias todas las palabras que pueda decir un conferenciante o un idiota del arte. ¡Hay tantos idiotas del arte! Te chutas y todas las palabras de la gente normal están podridas, se han llenado de esos gusanos que son como si el trigo tuviera vida y se moviera con avaricia en una víscera a medio digerir. Para los yonkis hay tantas palabras que huelen a cadáver. Querido mundo: con la droga las palabras huelen a cadáver y tú sólo eres de por vida una de esas personas que escupen. ¡Qué panorama, palabras, cadáver, dolor, cosas paradas y escupir! Una vez escupí en el suelo cerca del Museo del Prado y una turista inglesa me miró con asco y yo la miré con asco a ella. Nos miramos con asco. La turista no entendía que yo no era una muchacha normal ni una esposa normal con ninguna de esas hipotecas normales y de esos trabajos normales que tiene la gente normal que no escupe nunca por la calle y yo le dije:

- Escupo, tía, porque la realidad me parece demasiado sucia, tía.

Pero no me entendió, no sabía mi idioma y se quedó allí neopatética. Esa palabra siempre me ha gustado: ¡Neopatética! ¡Qué horribles son las cosas paradas y lo neopatético! ¡Qué destrucción la droga cuando se lleva por delante todos esos impulsos que favorecen la alegría humana! Y entonces la gente que no ha sido yonki nunca te da mucha envidia y de todas esas cosas que forman parte de la rutina europea también te da envidia. Y sobre todo se siente envidia de esas personas dulces y tranquilas que están sentadas en su casa escuchando la radio, las cosas de la radio, la música que echan por la radio, como si las hubiese besado un poco en la nuca el ángel siempre tierno y compasivo de la serenidad. Esas personas que cocinan o teclean en un ordenador mientras oyen la radio y parecen estar salvando al mundo con su actitud y sus manos. Querido Mundo: ¡Hay tantas formas de ser culpable de algo! Yo siempre me he sentido como un perro que se pueda abandonar y ahora acepto un nihilismo convertido en ácido sulfúrico que se espesa despacio en mi corazón y en mis palabras. Es un sentimiento que me inspira la música de Haendel y el vino de la Eucaristía que me he bebido hace un momento. Culpa, resurrección, cansancio, bilingüismo... No sé bien ya de qué hablo, querido loco mundo, y pensar estas cosas, mezclarlas con la música que sale de la radio, me hace recordar ahora mismo esos ojos que tienen un velo blanco cubriendo la pupila. ¡Qué ojos más feos! Querido mundo: No deberían existir esos ojos. Querido mundo: ¿Sabe alguien por qué estamos aquí como una progenie que llora su cadáver? ¿Y dónde está mi alegría de jugar descalza y respirar con mucho interés, mundo? La perdí en esas tierras humilladas y pobres que hay cerca de las fábricas viejas en las que nos pinchábamos, porque yo nunca quise tener la felicidad de las familias in vitro y sin embargo, ¡cómo las envidio ahora! A solas, tan lejos de mi casa, medio borracha y llena de esa cosa profunda que inyecta tener puesta la radio por la noche. Yo nunca quise ser un puma con un radiocollar, mundo. Así se sentía mi abuela cuando iba a por las medicinas a la farmacia. Yo nunca quise ser Sissi ni Astor Frederick ni el consejero de cementos Portland. Lo malo es que yo nunca supe lo que quise ser, ni pertenecer a esa gente superflua que tiene motos acuáticas y sabe muy bien cuál es su papel la vida. Yo sólo

quise ser una nutria llamada Madmoiselle Ivonne. Perdona que no sepa terminar mejor esta carta. Me perdí y hace ya mucho tiempo que no sé exactamente dónde estoy. Adoraba a mi abuela cuando paseaba con ella cogida de la mano por Madrid y me decía;

- Marta, hija mía, hay que ver lo limpia y lo hermosa que es algunas veces la brisa cuando nos da en la cara y en el pelo.

Estoy muy mareada. Voy a cerrar los ojos. Me ha dado mucho sueño escribir todas estas hermosas cosas empapadas de esa tristeza honda y reflexiva que tienen África y la música clásica que sale por las noches de la radio. ¡Es tan bonito escribir hermosas cosas inútiles escuchando esa música! ¡Es tan salvadora esta sensación que te dan las misiones y el trabajo diario con niños tan delgados! No voy a llorar, querido mundo. Hoy no voy a llorar. Y aquí estoy en Ruanda, escribiendo estas palabras que te debo por sentido de culpa. Aquí estoy en el centro de África ayudando a estas monjas belgas en una especie de hospital orfanato situado en las afueras de Kibumba. Me apuntó a esto un cura joven que se llamaba Elías y hablaba por las tardes con los yonkis de Vallecas. Esta parte del mundo te roba el corazón, querido mundo. Estos hijos oscuros de África aprenden pronto a no llorar, a ser y comportarse como excelentes alumnos de la muerte. Forman parte de una masa común y general y parecen no haber tenido nunca nombres propios. Aquí estoy, loco mundo, en el final de algo y en el comienzo de otra cosa, con mi peinado triste de monja seglar ebria. Escuchando la radio, subiéndole el volumen cuando suenan oboes o impactan los timbales, tuya y distinta, mundo, en el país de los apocalipsis ignorados.